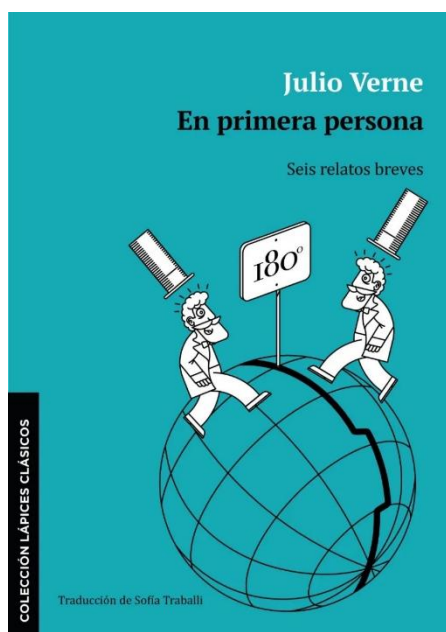


Fantasmagoría Verne (sobre *En primera persona. Seis relatos breves de Julio Verne*)*

Jerónimo Ledesma

Universidad de Buenos Aires



En un mundo lleno de los *Viajes extraordinarios* de Verne –la serie de novelas de aventuras que lo consagró como uno de los grandes autores populares de los últimos siglos– reconforta descubrir este delicado volumen de textos menores, traducidos espléndidamente por Sofía Traballi y prologados por un ensayo de singular lucidez a cargo de Jorge Caputo.

¿Qué contiene este nuevo libro de Los Lápicos Editora? Seis textos breves, de distinto momento (1851, 1873, 1875, 1891), narrados por primeras personas de distinto tipo (autobiográfica, retórica, satírica, ficcional), cuyos temas remiten todos a conocidos lugares de la obra verniana (la navegación, el viaje en globo, la

* Julio Verne. *En primera persona. Seis relatos breves*. Compilación de María Valle. Prólogo de Jorge L. Caputo. Traducción de Sofía Traballi. Ilustraciones de Jorge Valle. Buenos Aires: Los lápices Editora, 2021.

cacería, la proyección al futuro). La compiladora, María Valle, aclara que el criterio de la antología, además del propio gusto, responde a las líneas del catálogo editorial, que articula viaje y vida. Y en efecto, este pequeño libro convive con títulos como *La vuelta al mundo en 72 días* de Nelly Bly, *Impresiones de viajes* de Ada María Elflein, *Viaje a Samoa* de Marcel Schwob, entre otros.

Pero, como observa Caputo en el prólogo, la materia expansiva de las novelas de Verne –esas aventuras que aspiran a cubrir, como el mismo siglo XIX, la totalidad del planeta, en superficie, profundidad y altura, desde el centro de la tierra hasta el satélite lunar– reaparece aquí, pero miniaturizada, en escala menor. Así, las cinco semanas en globo sobre territorio africano se reducen a 24 minutos de vuelo sobre la campiña francesa (“Veinticuatro minutos en globo”), la vuelta al mundo en 80 días se comprime en una disquisición sobre la ubicación del meridiano que divide los días (“Los meridianos y el calendario”), la utopía temporal de París en el siglo XX se encapsula en un ensueño satírico para intendentes (“Una ciudad ideal”) y la épica de la caza mayor deviene excursión ridícula de hombres egoístas e improvisados de Picardía (“Diez horas de cacería”). Como proponiendo una clave general del fenómeno, el libro abre con un Verne sexagenario que rememora sus impulsos infantiles de aventura, sus ilusiones y primeros ejercicios de exploración, su deseo de turismo, podríamos decir, y la localización de su voluntad de escritor en la tarea ciclópea de “pintar la Tierra entera, el mundo en forma de novela”. Ese prodigio es lo que queda fuera de campo en *En primera persona*, y se proyecta en la obra verniana consagrada.

Un relato, sin embargo, quiebra la lógica farsesca del volumen. “Un drama en los aires”, una de las primeras narraciones de Verne, publicada en 1851 e incluida más tarde en los *Viajes extraordinarios*, narra, con la inconfundible impronta de Poe, la experiencia desesperante de remontarse al cielo en compañía de un loco. El final inverosímil parece ser, como indica el prologuista, un sacrificio programático de la irracionalidad, del descontrol y el exceso, que habita en todo corazón humano, en favor del orden de la

escritura. Pero el loco de Empédocles, puntuando el ascenso hacia la estratósfera con furor enciclopedista, con el inesperado saber de todo lo que pasó antes de su acto sacrificial, también ofrece, en la víspera del Segundo Imperio y en pleno ascenso del capitalismo global, la imagen perfecta del progreso (el ascenso, ¡excelsior!) como arte de morir:

Zambecarri era un hombre enérgico y valiente. Apenas se repuso de sus sufrimientos, retomó las ascensiones. Durante una de ellas, chocó contra un árbol, su lámpara de alcohol se derramó sobre su ropa, el fuego lo cubrió y el globo comenzó a incendiarse, ¡pero logró descender, medio quemado! Finalmente, el 21 de septiembre de 1812, hizo otra ascensión en Boloña. Su globo se atascó en un árbol, y su lámpara volvió a provocar un incendio. ¡Zambecarri cayó y se mató! Y ante estos hechos, ¿seguiremos dudando? ¡No! ¡Cuánto más alto subamos, más gloriosa será la muerte! (97)

Como se ve en este pasaje, y se comprueba en todo el libro, la traducción de Trballi adapta bellamente el español tanto a la prosa de Verne como al oído latinoamericano mediante soluciones estilísticas logradas. Como sucede en poéticas que conceden amplio espacio a la información sobre el mundo, los objetos y las prácticas, Verne suele abundar en explicaciones y descripciones de detalle, que dificultan la traducción. Pero *En primera persona*, afortunadamente, salva este escollo integrando la precisión lexical a las cadencias del texto, lo que otorga al volumen el valor de la buena prosa en nuestra lengua.

Los detalles materiales de la edición, sintonizados con la colocación actual de Verne en el mundo cultural, hacen del libro un espécimen decididamente raro, algo híbrido, en cuanto admite diferentes públicos. Es una edición en rústica, con hojas de buen grosor, a precio accesible. La célebre foto del autor tomada por Nadar se reproduce en la portadilla y en la página del colofón, afirmando el estatuto canónico de Verne, y el colofón, a su vez, lo resalta, cuando define el libro como un “homenaje”. Sin embargo, el Verne que despunta en estas páginas se inclina tanto hacia el canon juvenil como al Verne releído en su mayor complejidad. Podemos ver esta

condición doble en el contrapunto que establecen las ilustraciones (realizadas por Jorge Valle) y el prólogo: las ilustraciones que acompañan el volumen (figuras humanas esquematizadas, cómicas, de trazo firme, fuertemente alusivas, la primera y la última de las cuales representan al propio autor) evocan, acaso irónicamente, al Verne de los lectores juveniles y funcionan como caja de resonancia para el tono ligero y humorístico de la antología; el prólogo, por otro lado, explora las peculiaridades de la escritura de Verne, y se filia, ya de entrada, con el redescubrimiento de Butor en la década de 1950, aunque sigue reflexiones propias. En efecto, el descentramiento que propone el volumen concita el interés de al menos dos públicos: el lector joven, que puede leer estos textos breves en contexto escolar, y conectarlos con la obra mayor, y el lector interesado en releer a Verne y explorar la fantasmagoría en que se apoya su ficción en diálogo con la crítica contemporánea.